

EL DETERMINISMO FREUDIANO Y EL MÉTODO DEL PSICOANÁLISIS

Juan Molina

Es conocida la afirmación de Freud, al final de “La Psicopatología de la vida cotidiana”, de que no hay azar en la vida psíquica. Esta afirmación nos invita a reflexionar sobre el papel y el sentido del determinismo freudiano.

Primera y urgente aclaración, Freud ni en ese momento ni nunca niega la existencia del azar; la afirmación postula la inexistencia del azar en la vida psíquica. Toda la cuestión estriba aquí en despejar el sentido de “vida psíquica” y, más precisamente, en el texto en donde esto es dicho, a qué tipo de realidad refiere. No es evidente.

I

Ideas imprescindibles sobre el determinismo:

a) La idea de que lo que sucede obedece a cierto orden de causas o que encuentra su régimen en alguna racionalidad, que lo que sucede no es una pura contingencia, es un supuesto muy general que no podría estar ausente en ninguna disciplina o en ningún discurso que pretenda rendir cuenta de un fenómeno sin atribuir su ocurrencia sólo al puro azar.

Es decir, pensar que las cosas suceden de cierta manera, que los acontecimientos responden a algún tipo de estructura, que los fenómenos se ajustan a algún tipo de legalidad o regularidad (se podría decir esto de muchos modos y refiriendo a diversos niveles de exigencia) configura una posición que no es absolutamente privativa del campo científico, aunque es una posición que condiciona muy primariamente dicho campo. Basta decir que el mundo no es un caos para que ya se esté pensando que es posible describir algún orden de determinaciones.

Cuando Freud dice que no se enferma de cualquier manera sino que, como un cristal al romperse, se siguen determinadas líneas de fractura o cuando se pregunta qué es lo que de la constitución sexual humana hace posible la perversión, estas preguntas y sus respuestas son ejemplos de la suposición de que hay una manera de ser de las cosas que puede ser dilucidada.

Si el abordaje de esos asuntos no fueran precedidos por una posición tal, la locura sería un mero extravío de la razón y la perversión una degeneración; es decir, simplemente un orden que se ha interrumpido y que se ha trastornado sin posibilidad de inteligibilidad alguna. En el rechazo de tan estériles puntos de partidas debemos situar, por ejemplo, los capítulos de “La interpretación de los sueños” que preceden al capítulo sobre el método, en los que Freud revisa la “literatura científica” sobre el tema: su finalidad central es dejar sentado que los sueños son algo más que una actividad neuronal caótica en ausencia de su instancia rectora; sólo así el sueño pueden ser objeto de investigación.

Es en este sentido general, entonces, que podemos decir que Freud es determinista; en el sentido en que considera que lo que sucede con la neurosis, o con las formaciones del inconsciente responde a un orden de determinaciones, que se sustrae a la captación de un sujeto de la representación, pero cuya legalidad y modo de funcionamiento “siguen ciertas trayectorias perfectamente calculables”.

b) En un sentido estricto y extremo, el determinismo como concepción del mundo afirmarían que nada es sin razón; dentro de tal concepción, el azar es simplemente un nombre de nuestra ignorancia, cuando la complejidad de los factores intervinientes y lo reducido de nuestro conocimiento no nos dejan dilucidar las precisas determinaciones que se nos escapan. Esto no quiere decir que tal posición declare la interconexión plena de todo lo que existe, puesto que una participación tal de todo lo existente conduce a la magia y a la superstición; un determinismo fructífero es siempre relativo a un sistema.

Dentro de la ciencia la posición determinista encuentra su formulación más extrema en Laplace y se puede resumir más o menos de la siguiente manera: si conozco todos los datos de un sistema en un momento dado puedo reconstruir todo su pasado y predecir su estado futuro. Esta posición encadena los sucesos en una malla absolutamente necesaria de causas y efectos que no deja lugar alguno para el azar. Dice Laplace en su “Teoría analítica de las probabilidades” (1820). “Una inteligencia que conociera en un momento dado todas las fuerzas que actúan en la Naturaleza y la situación de los seres de que se compone, que fuera suficientemente vasta para someter estos datos a análisis matemático, podría expresar en una sola fórmula los movimientos de los mayores astros y de los menores átomos. Nada sería incierto para ella, y tanto el pasado como el futuro estarían presentes ante su mirada”.

Esto es importante: no necesito conocer la historia del sistema, porque es el conocimiento del sistema lo que me dejaría deducir de manera necesaria su único pasado posible. Esto va de la mano con lo que significa explicar algo en un sentido fuerte: poder decir por qué algo ocurrió de una manera y no de otra y, sobre esa base, tener la posibilidad de pronosticar lo que va a ocurrir. En una palabra, hay aquí una exclusión de la dimensión histórica puesto que, en el mejor de los casos, ésta se halla enteramente contenida en la situación actual del sistema. Se comprenderá que no hay aquí hiato temporal entre las causas y los efectos, por lo cual el determinismo laplaciano sólo puede plantearse en un campo que se suponga plenamente dominado por leyes matemáticas en donde la necesidad lógica es solidaria de la atemporalidad de los fenómenos o, en todo caso de su inclusión en un tiempo conceptualmente reversible (la física cuántica cambiará este panorama, pero no es el caso ahora).

II

El determinismo de Freud

¿Puede ser Freud determinista en el sentido clásico? Obviamente no.

1. El psicoanálisis puede conjeturar de qué manera ha ocurrido algo, pero no puede decir por qué ha ocurrido eso y no otra cosa. Es decir, el psicoanálisis no es explicativo. En casos en los que Freud se ve apurado por estas preguntas apela a piezas tales como la constitución o el montante de excitación del sistema; términos que preservan en la teoría el lugar de lo que Lacan llamará algún día un hiatus irrationalis.

2. ¿Quiere esto decir que el psicoanálisis reconstruye la historia del acontecimiento? No en el mismo sentido que explicitábamos hace un momento, aunque la expresión “reconstrucción de la historia” pueda aturdirnos un poco por sus resonancias freudianas y aunque el develamiento de “las líneas de fracturas” pueda hacer pensar en la reconstitución del pasado contenido en el fenómeno. Son resonancias y homonimias, nada más.

El psicoanálisis no reconstruye la historia a partir del acontecimiento sino que hace de la historia el lugar donde plantear una inteligibilidad posible del acontecimiento. El psicoanálisis llama a la historia para que nos revele la verdad del acontecimiento, la historia que comparece es lacunar y es la interpretación la que hace del acontecimiento un fragmento de lo que le ha sido sustraído a aquella. El síntoma no contiene su historia ni permite deducirla, sino que es él mismo un fragmento de la historia (sexual) a la que hubo que recurrir primero para esclarecer su posición de fragmento.

3. Las líneas de fracturas, por otra parte, nombran las condiciones que han hecho que algo sea posible y no la estructura de una determinación necesaria. Podemos saber cómo está constituido un fetiche, cuál es su significación en la economía erótica, pero ¿Por qué se ha elegido, digamos, la bombacha y no más bien la liga? La respuesta de Freud puede ser orientadora: se trata de lo último que ha visto el niño antes del descubrimiento de la falta de pene en la madre: pura contingencia que coloca a una mera contingencia en un papel decisivo.

De eso se trata, un significante no tiene a priori más relación con uno que con otro y ¿Qué relación hay entre un significante y otro? Ninguna. Sólo la posibilidad de encadenarse. Se va a buscar en la historia aquello que no puede ser deducido de manera necesaria, esto es, aquello que está tocado por la contingencia.

4. En el capítulo sobre los errores Freud dice que muchos son producidos sencillamente por el cansancio o la inercia y que sólo la articulación lingüística genera la conexión con la idea perturbadora; es decir que es la articulación significativa la que produce la determinación, la que hace que se pueda decir que un elemento cualquiera ha sido determinado. Creo que esta sería una buena manera de entender aquello de que no hay azar en la vida psíquica: lo que Freud llama “vida psíquica” en ese texto, es la red asociativa efectivamente desplegada en su articulación significativa. Pero recordemos que esto sólo puede ser afirmado después de que el suplemento de la interpretación liga la libre asociación al deseo que la motoriza. La interpretación sale al encuentro del azar de la asociación libre y hace de la relación inmotivada de los significantes la contingencia necesaria de la articulación del deseo.

III

El método de la interpretación

Atendamos a las cuestiones del método allí donde Freud nos lo señala, en el capítulo tres de “La interpretación de los sueños”. Lo que Freud llama allí “el método” es, por supuesto, la regla fundamental como constituyente del dispositivo analítico. Esta regla, que tiene por finalidad establecer las condiciones de la libre asociación y que encuentra en la atención flotante su contrapartida indispensable, toma su sentido de una apuesta: la de que lo que se diga encuentre un ordenamiento en algo distinto de las exigencias de coherencia y sensatez que sólo confirmarían lo que el sujeto imagina ser y que llamamos su yo. Se trata pues de una apuesta al inconsciente como lugar de organización discursiva.

En rigor, lo que Freud presenta como método de la interpretación (y que sólo en un sentido demasiado general admitiría este nombre), es en rigor un conjunto de reglas técnicas (así las llama en “Consejos al médico”) que buscan crear una disposición subjetiva tanto en el analista como en el paciente para que la suma de sus prejuicios no estorben la emergencia de la verdad.

Pero, si habitualmente la noción de “técnica” toma su sentido y legitimidad con relación a un método respecto del cual aquella sería su instancia operacional, esta distancia conceptual parece achatarse en el caso de la regla fundamental y hasta cierto punto invertir sus jerarquías. Si algo nos muestra el capítulo del sueño de la inyección de Irma es que la interpretación, colocada en situación inaugural respecto de la obra, es el operador de construcción de la teoría misma y que ésta no ofrece, a su vez, una teoría de la interpretación.

Con lo que nos encontramos es con un procedimiento, asentado en una convicción relativa a la existencia del inconsciente, que

busca establecer las condiciones de posibilidad de la interpretación, en tanto es solidaria de la producción de la verdad, pero que de ningún modo configura un camino (sabemos que esta es la referencia etimológica de “método”) que asegure no errar; es más bien el procedimiento por el cual una posición ética (Wo es war soll ich werden) puede tomar su alcance y la verdad (esa “princesa disfrazada de mendiga”) tiene la oportunidad de encontrar su lugar en el sujeto.

Pero no hay ni una sola señalización sobre cómo interpretar, sobre cómo construir una buena interpretación o una regla que tienda algún puente que permita transitar sin salto la distancia entre las asociaciones y la interpretación. Es en este sentido que ésta es siempre un suplemento que no podría hallar enteramente en las ocurrencias su razón suficiente. ¿Acaso algún analista podría rendir cuenta teoreáticamente de por qué una interpretación ha salido a su encuentro?

La interpretación es un acontecimiento y la regla fundamental habilita el procedimiento que permite construir el espacio en dónde este acontecimiento puede tener lugar. Pero, como todo acontecimiento digno de ese nombre, la interpretación se encuentra en una relación de desmesura respecto del sitio en el que estalla.

La interpretación no se incluye ni puede ser calculada por nada de lo que la precede; aunque requiera necesariamente de esta precedencia no mantiene con ella, sin embargo, una relación de necesidad. En “Construcciones en psicoanálisis” Freud dice que la interpretación anticipa la verdad; esta anticipación somete al saber en juego a la pregunta por lo que éste podría llegar a ser bajo esa nueva luz.

Freud nos dice que como consecuencia de la interpretación del sueño de la inyección de Irma el sueño se nos revela como una realización de deseo. Pero ¿Quiere esto decir que la afirmación de que el sueño es una realización de deseo se extrae necesariamente de la interpretación del sueño? No creo que nadie que se detenga a considerarlo atentamente pueda pensarlo con seriedad. ¿Cuál es el camino que ha llevado hasta aquí?: la interpretación sin duda. Pero se ve que esto mismo quiere decir, que no hemos sido conducidos por un encadenamiento de razones irrefutables; más bien nos hemos confiado a una retórica convencida de la verdad de su apuesta y hemos asistido a la experiencia que se muestra como su verificación.

En una palabra, que el sueño es una realización de deseo no es una conclusión (en el sentido lógico) que se extraiga deductivamente de las asociaciones del texto freudiano como de proposiciones encadenadas en un razonamiento, sino lo que la interpretación de Freud anticipa para hacer la prueba de sus consecuencias.